

La crisis climática es una lucha de clases

Los momentos de cambio climático desfavorables están preñados de posibilidades políticas.

La tesis del Capitaloceno propone que la actual crisis planetaria es el resultado de una lucha de clases a nivel mundial. En esa lucha, la burguesía del mundo triunfó... *por ahora*. Su logro supremo es haber puesto fin al Holoceno. Y esto nos deja una cosa en claro: la crisis climática no es antropogénica («procede de los humanos»), sino *capitalogénica* («procede del capital»).

El Capitaloceno —una ecología mundial de poder, ganancias y vida— no es el único generador de la fatídica coyuntura climática de clase. Esta también es el *resultado* del nexo establecido entre el clima y la clase durante el período anterior. Se trata de la crisis del feudalismo en los albores de la Pequeña Edad de Hielo (1300 d. C.). El antagonismo socioecológico de la agricultura feudal le siguió casi inmediatamente. Retornaron la hambruna y las pestes. Pero también la lucha de clases, con una fuerza cada vez mayor. Desde Flandes hasta Florencia y desde Cataluña hasta Escandinavia, los trabajadores y los campesinos se opusieron a la restauración feudal. Lo que siguió fue una victoria histórica para las clases productoras de Europa occidental. En una época de contracción económica y clima desfavorable, los campesinos y los trabajadores gozaron de una edad de oro en cuanto a sus estándares de vida. Mientras tanto, las clases dominantes se enfrentaron unas a otras en una guerra hobbesiana de todos contra todos.

Aun si es más fácil imaginar el fin del mundo que imaginar el fin del capitalismo, el siglo XIV nos brinda un elemento de reflexión indispensable: los momentos de cambio climático desfavorables están preñados de posibilidades políticas. Esto no se debe a que el clima determine todo; se trata, más bien, de que el clima está *en* todo. Las condiciones climáticas se entretujan con todo lo que hace que una sociedad de clases sea una *sociedad de clases*. Los dos grandes sometimientos del campesinado durante el feudalismo —en los «largos» siglos VIII y XI— se desarrollaron en el período de clima más favorable que hubo en la Edad Media. Y enormes crisis climáticas de clase le pusieron fin a estos grandes sometimientos. Estas crisis se expresaron en la implosión del Occidente romano durante el período frío de los años oscuros y la derrota del 1% que se desarrolló un milenio después. Para los oligarcas, fue una «edad oscura». Pero para la gran mayoría de la población fue una edad de oro.

¿Moraleja? Los cambios climáticos desfavorables a lo largo del Holoceno fueron malos para las clases dominantes.

Estamos acostumbrados a pensar que estamos viviendo la primera crisis climática *capitalogénica*. Pero, aun si *es* cualitativamente distinta, no es la primera. La colonización europea de América marcó un punto de inflexión geobiológico al menos en dos sentidos.

Los dos grandes sometimientos del campesinado durante el feudalismo —en los «largos» siglos VIII y XI— se desarrollaron en el período de clima más favorable que hubo en la Edad Media.



Uno fue la creación de un Pangea capitalista 175 millones de años después de que el supercontinente se separó. Esto puso el trabajo y la energía potenciales del Nuevo Mundo a disposición de máquinas imperiales ansiosas por sacar provecho de ellos para emprender nuevas guerras, pagar a sus acreedores y constituir burguesías coloniales (comerciantes, colonos dueños de plantaciones, dueños de minas). El segundo punto de inflexión siguió la senda marcada por el primero. No era posible realizar las ganancias sin trabajo barato. El remolino de la conquista imperial y la formación de una clase colonial requería sacrificios humanos incesantes. No fueron los microbios los que mataron al 95% de la población del Nuevo Mundo: fue la esclavitud.

La nueva burguesía imperial, en un geológico abrir y cerrar de ojos, detonó una nueva era geológica y geohistórica. La proletarianización genocida de los pueblos indígenas llevó rápidamente a otra proletarianización asesina: el comercio de esclavos africanos. La esclavitud fue reforzada por la coyuntura climática, que a su vez fue amplificadas por los genocidios americanos. Se generó rápidamente un apartheid climático que terminó convirtiéndose en una estructura duradera de la superexplotación capitalista. En los años 1550, los observadores contemporáneos registraron una serie de inviernos adversos. Así comenzó lo que los historiadores del clima denominan el «largo y frío siglo XVII». Fue el peor período de «mal clima» de la Pequeña Edad de Hielo.



Al igual que otros momentos de crisis durante la Antigüedad y el feudalismo tardíos, fue una época de guerras interminables, revueltas sociales y convulsiones económicas. Los genocidios del Nuevo Mundo, al arrasar con las poblaciones indígenas, propiciaron la reducción del dióxido de carbono atmosférico. Los bosques avanzaban y los suelos prosperaban sin la interferencia de la agricultura. Los geógrafos Lewis y Maslin denominan a esto el «Salto orbis» (1610). Fue el primer episodio de cambio climático capitalogénico. Al amplificar la oscilación del Atlántico Norte, la intensidad solar y el vulcanismo, el Salto orbis contribuyó al frío extremo de la época y a su volatilidad social y política sin precedentes. El capitalismo como lo conocemos pudo haberse detenido en seco en aquel momento.

No es algo impensable. De hecho, era el resultado más probable. Desde el punto de vista de los cuatro milenios anteriores, los cambios climáticos y las crisis civilizatorias estaban estrechamente enlazadas. Las crisis anteriores del Occidente romano y de la Europa feudal revelan la dialéctica íntima que existe entre el clima, la clase y los gobiernos. Podríamos incluir también la crisis de la Edad de Bronce del siglo XII a. C., durante la que se desarrollaron migraciones, guerras y revueltas populares en medio de sequías y hambrunas.

¿Cómo hizo el capitalismo para sobrevivir a condiciones climáticas prácticamente equivalentes a las de aquellas crisis previas? Es posible identificar dos grandes revoluciones. Una fue la Gran Domesticación. La mitad del siglo XVI marca, como demuestra Silvia Federici, una ruptura sin precedentes en la estructura de género y clase del capitalismo temprano. La depresión climática y las «cazas de brujas» estuvieron íntimamente conectadas. El sometimiento de las mujeres —naturalizadas como las «salvajes de Europa»— fue una lucha de clases. Se redefinió violentamente al trabajo de las mujeres como «no trabajo». Esta fue la precondition fundamental para la gran proletarización que siguió. El apartheid climático reforzó el patriarcado del clima.

Después de 1550, los imperios, el capital y la ciencia trabajaron codo a codo para forjar una de las revoluciones productivistas más audaces de la historia de la humanidad. Podríamos denominarla la Revolución de las plantaciones. La plantación de caña de azúcar fue su pivote histórico mundial. En una secuencia trepidante de ampliación de fronteras —que comenzó en Brasil— las riquezas del Rey Azúcar aceitaron los engranajes de la acumulación mundial durante el siglo XVII. Durante el siglo siguiente, financiaron la Revolución Industrial. Al mismo tiempo, la cristali-

**Después de 1550,
los imperios, el capital
y la ciencia trabajaron
codo a codo para forjar
una de las revoluciones
productivistas más
audaces de la historia
de la humanidad.**

zación de la división climática de clases y el apartheid climático de la Revolución de las plantaciones definió el modelo esencial de poder, generación de ganancias y vida de lo que vino después. Pues la combinación de recursos y técnica que definió a la Revolución Industrial no fue carbón y motor a vapor, sino algodón y desmotadora de algodón en el marco de un régimen laboral de superexplotación. Tampoco fue coincidencia que el Rey Algodón entrara en escena durante la última oleada de frío de la Pequeña Edad de Hielo (1780-1820). Lo mismo había sucedido con el Rey Azúcar dos siglos antes.

Aquí se encuentra el nacimiento de la trinidad capitalogénica: la división climática de clase, el apartheid climático y el patriarcado climático.

Si se pretende dar cuenta de esta trinidad capitalogénica, es necesario adoptar una ética de la síntesis que reúna dialécticamente las estrategias de dominación, acumulación y creación de medioambiente. Esto implica comprender que civilización y barbarie no son dos palabras inocentes, sino dos martillos ideológicos al servicio de la construcción del mundo capitalista (todas las prácticas opresivas modernas apelan al naturalismo para justificarse). Pues la colonización europea de América impulsó el proyecto de

«naturaleza barata» del capitalismo, que cristalizó en la formación del apartheid climático y el patriarcado climático luego de 1550.

La concepción de la naturaleza como una abstracción susceptible de dominación tomó forma para disciplinar, no solo al «biotariado», sino también al proletariado y al «femitariado». El naturalismo es un arma ideológica que divide al proletariado mundial y refuerza la extracción de trabajo no remunerado en función del género y de la raza. La naturaleza como una abstracción susceptible de dominación genera las palancas de la superexplotación, lo que W. E. B. Du Bois denominó «la explotación última». En el mismo movimiento, estos proyectos civilizatorios fueron continuamente desafiados, a veces derrotados y hasta temporariamente revertidos por tramas de vida indisciplinadas, revoltosas y beligerantes, entre las que se cuentan las grandes luchas de liberación, los movimientos de la clase obrera y las revoluciones socialistas de la modernidad.

La división de clase del Capitaloceno depende del apartheid climático y del patriarcado climático. Estos forman una totalidad asimétrica en el marco de la cual se refuerzan el uno al otro. Sin embargo, la crisis climática actual no es la causa de esta totalidad: es más bien el *resultado*. Esta trinidad es, sobre todo, una estrategia de acumulación y, por lo tanto, una estrategia de dominación de clase. Sin la acumulación interminable y la hegemonía imperial burguesa, no hay capitalismo; pero sin apartheid climático y sin patriarcado climático, no hay acumulación ni hegemonía burguesa.

La unificación de todo esto en el presente no es efecto de un «colonialismo de pobladores» abstracto, sino de un imperialismo geohistórico cuyas fuerzas políticas y geoculturales garantizan la rentabilidad y las relaciones de clase necesarias para sostenerla. Estas fuerzas intentan dominar, no solo al proletariado, sino también las condiciones necesarias de trabajo no remunerado: el «feminariado» y el «biotariado». Haciéndonos eco de Immanuel Wallerstein, diremos que el momento actual se define como una «lucha de clases mundial» en la «coyuntura sociofísica». La crisis climática es una lucha de clases en la trama de la vida. ●